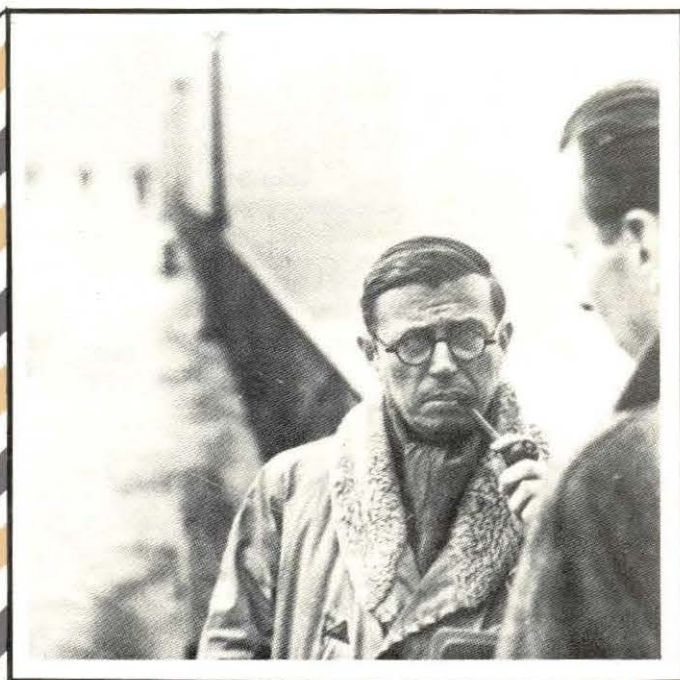


THESIS

HOMENAJE A JEAN PAUL SARTRE

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ JULIANA GONZALEZ
- ▶ MARC CHEYMOL
- ▶ ALBERTO CONSTANTE
- ▶ CESAREO MORALES
- ▶ CARLOS SOLORZANO
- ▶ HERNAN LAVIN CERDA
- ▶ JUAN GARZON
- ▶ ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ
- ▶ JORGE MARTINEZ CONTRERAS
- ▶ ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF



Henri Cartier Bresson

Octubre / 1980

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año II, Número 7
Octubre / 1980**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General Académico:

Dr. Fernando Pérez Correa

Secretario General Administrativo:

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras**

Director: Abelardo Villegas

Editor: Benjamín Villanueva

**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, Benjamín Villanueva**

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.

Indice

HOMENAJE A JEAN PAUL SARTRE

JULIANA GONZALEZ: 6
Los caminos sartreanos de la libertad

MARC CHEYMOL: 14
Sartre y la creación literaria

JORGE MARTINEZ CONTRERAS: 22
Ruptura y continuidad en la filosofía de Sartre

CARLOS SOLORZANO: 29
*Temporalidad e intemporalidad
en el teatro sartreano*

CESAREO MORALES: 37
Sartre y la dialéctica

JUAN GARZON: 45
*Libertad personal y militancia
política de Sartre*

ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ: 50
La estética libertaria y comprometida de Sartre

HERNAN LAVIN CERDA: 58
Seis poemas

ALBERTO CONSTANTE: 62
El canto gregoriano

La tradición presente
ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF:
El desenvolvimiento del espíritu helénico 65
(Primera de dos partes)

Notas y reseñas
Juan Coronado sobre *La vida breve* de Juan Carlos Onetti.
Tarcisio Herrera Zapién sobre las *Sátiras* de Persio.



**Sartre:
libertad personal
y militancia
política**



**JUAN
GARZON
BATES**

Cuando Sartre deja de existir, el quince de abril de 1980, estaba a punto de perder la escasa simpatía, lograda durante cuarenta años de acercamientos, rupturas y reconciliaciones con los militantes de los partidos políticos, especialmente con los de izquierda y muy señaladamente, con el Partido Comunista Francés. Empeñado en buscar la distancia correcta entre la acción política eficaz y la posibilidad crítica de esta misma acción, comprometido por sus planteamientos filosóficos a volcarse sobre su momento histórico sin perder la independencia de criterio y la autonomía en el juicio, atraído por la necesidad de transformar el mundo y rete-

nido por la vocación de interpretarlo, el pensador francés es la mosca en la sopa que, una y otra vez, echa a perder los banquetes cuidadosamente preparados por sus ocasionales aliados, en todas las oportunidades políticas que le tocó vivir en los años que transcurren del final de la segunda guerra mundial a la crisis del golfo pérsico días antes de su muerte.

La publicación en 1960 de la inmensa obra *Crítica de la razón dialéctica*, provocó que muchos abrigaran —a medias con desconfianza y a medias tranquilizados— la esperanza de que el *niño malcriado* de la filosofía y la política contemporáneas entrara al redil de la seriedad y de

una cierta disciplina. Efectivamente, durante algunos años la posición de Sartre parecía adecuarse —aunque de manera crítica y nunca incondicional— a un sistema de pensamiento riguroso y estable lo que, en el fondo, apaciguaba incluso a los no marxistas y hasta a los pensadores de derecha. Aunque este sistema fuera el marxismo, había elementos fijos sobre los cuales discutir y llegar a un acuerdo. En lo político, igual que en 1951-52 lo había hecho por breve temporada, el irrespetuoso pensador se volvía, parafraseando el título de una de sus obras teatrales, una *prostituta demasiado respetuosa* que, después de cumplir sus tareas, recibe las bofetadas sin chistar demasiado y continúa la simbiótica alianza con sus compañeros, en este caso los comunistas.

Sin embargo, a partir de 1968 la vieja tozudez, que permanecía embozada, se revela y aparece con la violencia de los viejos tiempos, aunque madura, sabia, sin esperanza. Un título por demás grosero a uno de sus artículos de *Les temps modernes* en 1973, marca la actitud reasumida: “elections, pièges a cons”, lo que en castellano podría traducirse, aligerando la palabra fuerte, por “elecciones, trampa para tontejos”. Sus últimas actividades públicas fueron el escándalo para sus antiguos compañeros de ruta: osó compartir la tribuna, ¡en televisión!, con el “nuevo filósofo” André Glucksman y con el pensador político de derecha —antiguo contendiente suyo— Raymond Aron, para condenar la intervención soviética en Afganistán, el exilio de Sajarov y pedir el boicot a los juegos olímpicos de Moscú.

Lo que puede mover a sorpresa en esta actitud, y en otras similares adoptadas en los últimos años contra derecha y contra izquierda, es una apreciación equivocada de su pensamiento y de su vida. La concepción que de la libertad humana y de su compromiso sostiene Sartre, así como su idea de lo que debe ser el intelectual contemporáneo, marcan una línea clara —aunque necesariamente ambigua— de lo que hizo y pensó. Cuando vive en el Compartimiento XII D del ejército nazi en Trèves, durante el año de 1940, ya se habían publicado su novela *La nausea* y los cuentos de *El muro*; sus ideas se precisaban cuando escapa del presidio en 1941 y en 1943, *El ser y la nada* las expone y fundamenta con el aparato conceptual que le brinda la filosofía. El lazo entre el concepto filosófico de libertad y su expresión política se aclara en un lúcido y bello texto —tan bello como lúcido— aparecido en 1944, *La república del silencio*, donde se lee:

“Jamás fuimos tan libres como bajo la ocupación alemana. Habíamos perdido todos nuestros derechos y, ante todo, el de hablar; diariamente nos insultaban en la cara y debíamos callar; nos deportaban en masa, como trabajadores, como judíos, como prisioneros políticos; por todas partes, en las paredes, en los diarios, en la pantalla, veíamos el inmundado mustio rostro que nuestros opresores querían darnos a nosotros mismos: a causa de todo ello éramos libres. (...) Las circunstancias a menudo atroces de nuestro combate nos obligaban, en suma, a vivir, sin fingimientos ni velos, aquella situación desgarrada, insostenible, que se llama la condición humana. (...) Segundo a segundo vivíamos en su plenitud el sentido de esta frase trivial: ‘Todos los hombres son mortales’.

Y la elección que cada uno hacía de sí mismo era auténtica puesto que la realizaba en presencia de la muerte, puesto que ella siempre habría podido expresarse bajo la forma: ‘Antes la muerte que...’. Y no me refiero a ese grupo escogido que formaron los verdaderos soldados de la Resistencia sino a todos los franceses que, a todas horas del día y de la noche y durante cuatro años, dijeron *no*. La misma crueldad del enemigo nos llevaba hasta los extremos de nuestra condición, forzándonos a formularnos las preguntas que se suelen eludir en tiempos de paz. Todos aquellos de nosotros —¿y qué francés no se vio, en una oportunidad u otra, en tal caso? —que conocíamos algunos detalles relativos a la Resistencia, nos preguntábamos con angustia: ‘¿Resistiré si me torturan?’ De este modo quedaba planteada la cuestión de la libertad y nos hallábamos al borde del conocimiento más profundo que el hombre pueda tener de sí mismo. Pues el secreto de un hombre no es su complejo de Edipo o de inferioridad sino el propio límite de su libertad, su poder de resistencia a los suplicios y a la muerte. (...) Y, sin embargo, en lo más profundo de aquella soledad, defendían a los demás, a todos los demás, a todos los camaradas de resistencia; una sola palabra bastaba para provocar diez, cien arrestos. Semejante responsabilidad total en la soledad total, ¿no descubre acaso nuestra libertad? (...) Así se constituyó, entre las sombras y en medio de la sangre, la más fuerte de las repúblicas. Cada uno de sus ciudadanos sabía que se debía a todos y que sólo debía contar consigo mismo; cada cual realizaba, en el desamparo más total, su papel histórico. Cada cual acometía, contra los opresores, la empresa de ser sí mismo irremediablemente y, al elegirse a sí mismo en su libertad, elegía la libertad de todos. Era preciso que cada francés conquistara y afirmara a cada instante contra el nazismo aquella república sin instituciones, sin ejército, sin policía. Henos aquí ahora frente a otra República: ¿no es deseable que conserve a la luz del sol las austeras virtudes de la República del Silencio y de la Noche?”

Los hombres no tenemos la libertad como un adjetivo más del que podamos, por antojo, desprendernos, dirá Sartre en *El ser y la nada*, sino que es nuestra estructura ontológica más propia. Ninguna situación, por desesperada que parezca, elimina las posibilidades de elección del hombre; pero para que éste lo sea auténticamente debe elegirse como libertad, de manera consciente, en cada circunstancia. Al no elegirse como hombre, por el riesgo constante y la responsabilidad que esto implica, recurre a esconder su libertad por los múltiples recursos de la *mala fe* y abate sus posibilidades en un cómodo vegetar. Pasada la tensión de la guerra, el viejo y conocido enemigo ya denunciado en *La nausea* reaparece: el conformismo, la tendencia de cada uno a replegarse en estructuras fijas, a sujetarse de cualquier agarradera externa para no asumir el peligro de ser libre.

Esta será, para Sartre, la idea básica que se mantendrá, con matices importantes, hay que decirlo, a lo largo de toda su vida. Sobre todo, una cuestión de peso: no todas las sociedades son iguales; no es lo mismo el fascismo que quiere perpetuar la sujeción del hombre, que la sociedad tipo norteamericana conformista y creadora de valores

negativos o la socialista que promete, para un futuro, una vida más libre y humana, aunque, de momento, no ofrece garantías. Es preciso, pues, elegir una vía para luchar socialmente por la libertad de los hombres y comprometerse en su realización. Sartre condena al intelectual encerrado en la "torre de marfil" o, más precisamente, considera que, de hecho, éste es imposible puesto que, de todas maneras, se está en la lucha. Comienza así una serie de intentos por forjar una política libertaria en las condiciones del momento.

Recién salido de la prisión en marzo de 1941 funda, junto con Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty, Jean Pouillon y otros intelectuales, el grupo de resistencia anti-nazi Socialismo y Libertad, desde el que piensa organizar las bases para consolidar su proyecto. Sin embargo, este grupo formado por hombres de letras sin experiencia de acción es mirado primero con recelo, después con desconfianza por los comunistas y, rápidamente, descalificado por éstos. Pronto el grupo queda reducido a la impotencia total, e incluso se corren rumores de que Sartre es policía y mantiene contactos con los alemanes. La actitud era lógica, dado el ambiente de persecución. Para evitar arrestos y muertes inútiles, el grupo es disuelto durante el otoño de 1941. Sin embargo, Sartre busca contactos con el PCF, los militantes olvidan las acusaciones y él es admitido en la agrupación de intelectuales que presidía Paul Eluard.

En 1948, ya fundada la revista *Les temps modernes* de la que hablaremos posteriormente, se presenta para el grupo de los llamados existencialistas una segunda oportunidad de organización política: el Rassemblement Démocratique Révolutionnaire (RDR). Se trata de ir a las masas para "reencontrar la gran tradición del socialismo revolucionario", dirigiéndose en primer lugar a la clase obrera y sosteniendo posiciones críticas tanto frente a los EEUU como a la URSS, en el plano internacional; al gobierno y al PCF en el plano interno.

El movimiento RDR se proponía reagrupar intelectuales y militantes de todos los partidos de izquierda que coincidieran en puntos concretos de un "neutralismo positivo" y sostener alianzas con dichos organismos. Sin embargo, el PCF toma pronto posiciones en contra del proyecto, prohíbe a sus militantes participar en la agrupación y desata una virulenta campaña, presentando a Sartre y sus amigos como policías y representantes de Wall Street.

El RDR mantiene su posición de ser aliado crítico del PCF, de evitar el anticomunismo y trata de convertirse en la *mala conciencia* de los comunistas. La posición era difícil en plena guerra fría. Sartre y sus compañeros políticos —el ex-trotskyista David Rousset, Georges Altman, Jean Rouss y David Rosenthal— fueron atacados por la derecha y por la izquierda. Se acusa, por fin al grupo de virar hacia las posiciones pro-americanas y Sartre renuncia el 15 de octubre de 1949.

Estas fueron las dos únicas veces que Sartre intentó una militancia de acuerdo a sus principios. Pero, entre una y otra de sus aventuras partidarias funda lo que será el sostén de su influencia y el instrumento de su participación. El es un intelectual y, con medios intelectuales se

batirá en el mundo. El 15 de octubre de 1945 aparece el primer número de *Les temps modernes*. La revista se concibe como una empresa de descubrimiento: descubrir para cambiar. En su ensayo *Merleau-Ponty vivo*, de 1961, Sartre reflexiona sobre el proyecto: "Si la verdad es una... es necesario no buscarla en una parte sino en todas. Cada producto social y cada actitud —la más íntima y la más pública— son encarnaciones alusivas. Una anécdota refleja toda la época, igual que una constitución política. Nosotros seríamos los 'cazadores del sentido', nosotros diríamos la verdad sobre el mundo y sobre nuestras vidas."

Este proyecto *periodístico*, en el sentido más pleno del término, era el medio adecuado para actuar, interpretando los acontecimientos día con día, sin obligarse a una disciplina que le disminuyera la capacidad crítica. Así podría mantener su posición de análisis de la realidad, sobre principios libertarios, sin verse obligado a alianzas políticas que pudieran restarle independencia. Es desde este zócalo que se organizarán los acercamientos y rupturas que marcan el camino sartreano por casi 35 años: compromiso con la realidad cotidiana y búsqueda de la verdad.

Desde entonces se fija una plataforma de principios a la que nunca renunciarán los redactores de la revista: neutralidad entre los bloques, pero defendiendo siempre las causas libertarias, es decir, más próximos del movimiento comunista que del anticomunismo. Respecto al marxismo, se le considera un instrumento válido para el análisis social en manos de los revolucionarios, pero una filosofía lamentable que debiera ser sustituida para bien de la revolución misma. Así dice Sartre en su ensayo *Materialismo y revolución* de 1946 que el marxismo, sobre todo en su expresión neo-estaliniana y escolástica, es una metafísica disimulada bajo un positivismo, que la dialéctica de la naturaleza es un absurdo, la teoría del reflejo una vacuidad y el análisis de las superestructuras un pensamiento elemental. A pesar del aparente acercamiento al marxismo presente en la *Crítica de la razón dialéctica*, esta valorización se mantendrá hasta el final, como vemos en entrevista con Michel Contant, en de julio de 1975, al cumplir Sartre sus 70 años: "Yo pienso que hay aspectos esenciales del marxismo que son válidos: la lucha de clases, la plusvalía... Es el elemento de poder contenido en el marxismo el que ha sido tomado por los soviéticos. En tanto que filosofía del poder, pienso que el marxismo ha dado su verdadera dimensión en la Rusia soviética. Estimo que hoy, como traté de decirlo en 'tenemos razón de revelarnos', es necesario otro tipo de pensamiento, que tenga en cuenta al marxismo para superarlo, para rechazarlo y retomarlo envolviéndolo en la nueva concepción. Esta es la condición para que sobrevenga un verdadero socialismo."

Con las variantes que se quiera, esta será la estimación filosófica casi permanente. Ahora bien, en el aspecto político las cosas resultan menos claras. Si hay que comprometerse, dice Sartre, hay que buscar un campo en la realidad que sea más válido que otros. Así, después de denunciar la existencia de campos de trabajo forzado en la URSS, y aproximándose a la guerra de Corea, Sartre revisa la situación en 1950: "¿Cómo condenar públicamente

la esclavitud en el Este, sin abandonar en Occidente a los explotados para que su explotación continúe? ¿Podíamos trabajar con el PCF, si esto significaba encadenar a Francia y cubrirla de alambradas de púas? ¿Qué hacer? ¿Golpear como sordos a derecha y a izquierda sobre dos gigantes que no sentían nuestros golpes? Esta era una solución bien miserable." A partir de ese año y una vez declarada la guerra, el filósofo francés piensa que ya no es posible escoger lo que se puede amar, sino ponerse claramente del lado de los que arriesgaban, de las masas y, así lo piensa en ese momento, de los representantes legítimos del proletariado, el Partido Comunista y la URSS.

Esta decisión será de duras consecuencias. Primero, se pone incondicionalmente a colaborar con el PC. Es la época de su trabajo, sobre el que tendrá que volver seis años después, *Los comunistas y la paz*, en el que cubre de elogios a dicho partido y al bloque socialista. Se convierte en el "compañero de ruta" "esclarecido, esto es, sirve la política comunista mejor que si fuera un militante con carnet, se pliega a todas las consignas y aconseja "desde fuera" sin plantear cuestiones de principio o apartadas de la línea general. Después comienza a romper con sus amigos existencialistas que se niegan a seguir su camino: en 1952, a propósito de la aparición de *El hombre rebelde* que condena la ideología burocrática soviética, rompe violentamente con Albert Camus; en 1954, después de un viaje a la URSS y de la publicación de *Las aventuras de la dialéctica* de Merleau-Ponty, se violenta con éste y terminan la antigua amistad. Dos textos, uno muy breve sobre Albert Camus y otro extenso sobre Merleau-Ponty, escritos al momento de la muerte de los dos amigos nunca recuperados indican el dolor de la separación. En el segundo de estos obituarios escribe algo que es válido para ambos: "No hay nada que concluir, sino que esta larga amistad ni hecha ni desecha, abolida cuando iba a renacer o quebrarse, queda en mí como una herida indefinidamente irritada."

La luna de miel con los comunistas no fue eterna. Duró lo que Sartre pudo resistir de falta de autonomía. En noviembre de 1956 los tanques soviéticos aplastan la rebelión de los obreros de Budapest: Hungría, un país socialista, es invadido por el ejército que se ostenta como el defensor de la paz y el socialismo. Esto, dice Sartre, es un acto de agresión y de guerra; una nación que se llama socialista se opone deliberadamente a las estructuras mismas del socialismo y a sus principios. Había que poner de nuevo, todo en cuestión y en una entrevista acordada a la revista *L'Express*, afirmándose consciente del peligro de una caída en posiciones de derecha, declara: "Explicar no es excusar; sea lo que sea, la intervención es un crimen. Es mentira abyecta pretender que los trabajadores luchaban del lado de las tropas soviéticas... Es sobre el pueblo entero que el Ejército rojo tira... Son doce años de terror y de imbecilidades... Lo que el pueblo húngaro nos enseña con su sangre es el fracaso del socialismo como mercancía importada de la URSS." Sartre declara su oposición definitiva al PCF; de los cuatro volúmenes prometidos de *Los comunistas y la paz*, el cuarto nunca aparece y, en su lugar, se publica *El fantasma de Stalin*.

¿Hacia dónde ahora? Desde 1945 Sartre había tomado

una clara posición en favor del *Viet Minh* y de la independencia de Indochina. Ahora la tarea que se presenta es "luchar al lado del pueblo argelino para liberar, a la vez, a los argelinos y a los franceses de la tiranía colonial". Esto va a significar para el equipo de *Les temps modernes* una lucha en Argelia contra el ejército colonial y la OAS, una lucha en Francia contra el general De Gaulle y un apoyo irrestricto a todas las guerras de liberación nacional en el tercer mundo. Respecto a los Estados socialistas y al PCF, combatir el estalinismo y buscar un socialismo renovado y democrático, camino en el que se encuentra con el PC italiano y con el gobierno polaco que le abren los brazos para perseguir ese objetivo. Es la ruta que lleva a la *Crítica de la razón dialéctica* publicada en 1960.

Después de esta efímera reconciliación, ahora con el marxismo anti-estalinista, en la que afirma que dicha manera de pensar es "la filosofía insuperable de nuestro tiempo", un viaje a Cuba del que vuelve entusiasmado en marzo de 1960, publicación de *Tormenta sobre el azúcar*, prefacio a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, en 1963 el texto autobiográfico *Las palabras* rechazo del Premio Nobel el 22 de octubre de 1964 — "El escritor debe rechazar el que se le transforme en institución... Sería incapaz de aceptar el Premio Lenin si me lo ofrecieran" —, marzo de 1965, se niega a ir a los EE.UU para dar conferencias — "Uno no va a casa del enemigo" —, julio de 66, participa en el Tribunal Russel y, en marzo de 67, — la luna de miel se acaba — se niega también a viajar a la URSS en protesta contra el proceso Siniavski-Daniel.

El nuevo viraje de Sartre tendrá lugar en 1968. Su posición anti-estalinista se acentúa y la esperanza en una liberalización del comunismo y una desdogmatización del marxismo termina. Actuando constantemente en manifestaciones y mítines se pronuncia por la lucha fuera de las organizaciones estables como los partidos y preconiza una democracia directa. Después de la intervención soviética en Checoslovaquia, condena sin reservas y sin concederle oportunidades de reforma al "socialismo realmente existente" y se aproxima a los grupos "izquierdistas" y anarquistas.

En medio de una actividad frenética visitando fábricas y dirigiendo discursos agitativos a los obreros, publica en 1972 tres volúmenes de su biografía de Flaubert *El idiota de la familia*, escribe ensayos, concede entrevistas, vive al límite de sus fuerzas. En 1973 se inicia un proceso irreversible de ceguera que lo obliga, poco a poco, a abandonar sus actividades: el nuevo diario que comenzaba a dirigir, *Liberation*, debe buscar otro director casi después del primer número. En sus charlas con Michel Contant *Auto-retrato a los 70 años*, texto al que hemos hecho referencia antes a propósito del marxismo de Sartre, confiesa: "Mi trabajo de escritor está completamente destruido... En cierto sentido esto me roba mi razón de ser... el único fin de mi vida era escribir... (Habla también de la muerte) la proximidad de la muerte que, ella es absolutamente inegable. No porque yo la piense, nunca pienso en ella; pero sé que vendrá..."

Entonces le quedaban a Sartre casi cinco años de vida. Cinco años para vivir, para actuar, para ser fiel a su elección primera de ser libre y luchar por la libertad en las

condiciones que la realidad le impusiera: 1974, visita a Andreas Baader, acusado de terrorismo en la RFA; 1975 interviene para impedir la ejecución de once condenados a muerte en España; 1979-1980: denuncia la Europa germano-americana, expresa su indignación por la muerte de la izquierdista Ilrike Meinhof en la RDA, participa en un mitin con los disidentes soviéticos durante la visita de Brejnev a París, se presenta en el Palacio de Eliseo —junto con Raymond Aron y André Gluksmann— para exigir ayuda a los prófugos de Vietnam; en televisión condena la intervención soviética en Afganistán, el exilio de Sajarov y se pronuncia por el boicot a los Juegos Olímpicos en Moscú.

Esta constante toma de posición respecto a la actualidad, con vaivenes, descansos, indignaciones y rupturas, no es un hecho casual si pensamos sus ideas sobre la libertad, el compromiso y el papel de los intelectuales. En tres conferencias, pronunciadas en Tokio en 1965, Sartre precisa su idea respecto a esta última cuestión. El intelectual es un hombre que, ocupándose de cuestiones universales por su profesión, entra en contradicción consigo mismo y con su sociedad por el uso particular que sus conocimientos adquieren en la sociedad, lo que lo empuja, para resolver su propia contradicción, a unirse al movimiento hacia la universalización de las clases desfavorecidas, pues éstas tienen fundamentalmente la misma finalidad



Durante las huelgas de la Renault, en 1970



que él en tanto que la clase dominante lo reduce al rango de medio para un fin particular *que no es el suyo* y que consecuentemente no puede querer. Sin embargo, esta posición no lo hace aceptable para las clases explotadas ni los partidos que se ostentan como sus representantes. La soledad, dice Sartre, es el premio al intelectual. Su oficio es vivir la contradicción que es él mismo, y superarla por el radicalismo, es decir, por la aplicación de las técnicas de la verdad a las ilusiones y las mentiras. “Por su contradicción —cita textual— él se convierte en guardián de la *democracia*: él se opone al carácter abstracto de los derechos de la ‘democracia’ burguesa, no porque quiera suprimirlos sino porque quiere completarlos con los derechos concretos de la democracia socialista conservando, en toda democracia, la verdad *funcional* de la libertad.”

Mucho hay que discutir sobre las concepciones de Sartre. Llevadas las cosas al extremo, lo que tenemos que hacer con ellas, como con todas las que recibimos, es tratar de superarlas. Esta liga entre vida y pensamiento que fue la cotidianidad del pensador francés, nos invita a ello al rechazar todo lo fijo y muerto. Quedan las últimas palabras de *Las manos sucias*, que parecen resonar en los actos de su existencia: “irrecuperable, absolutamente irrecuperable”.